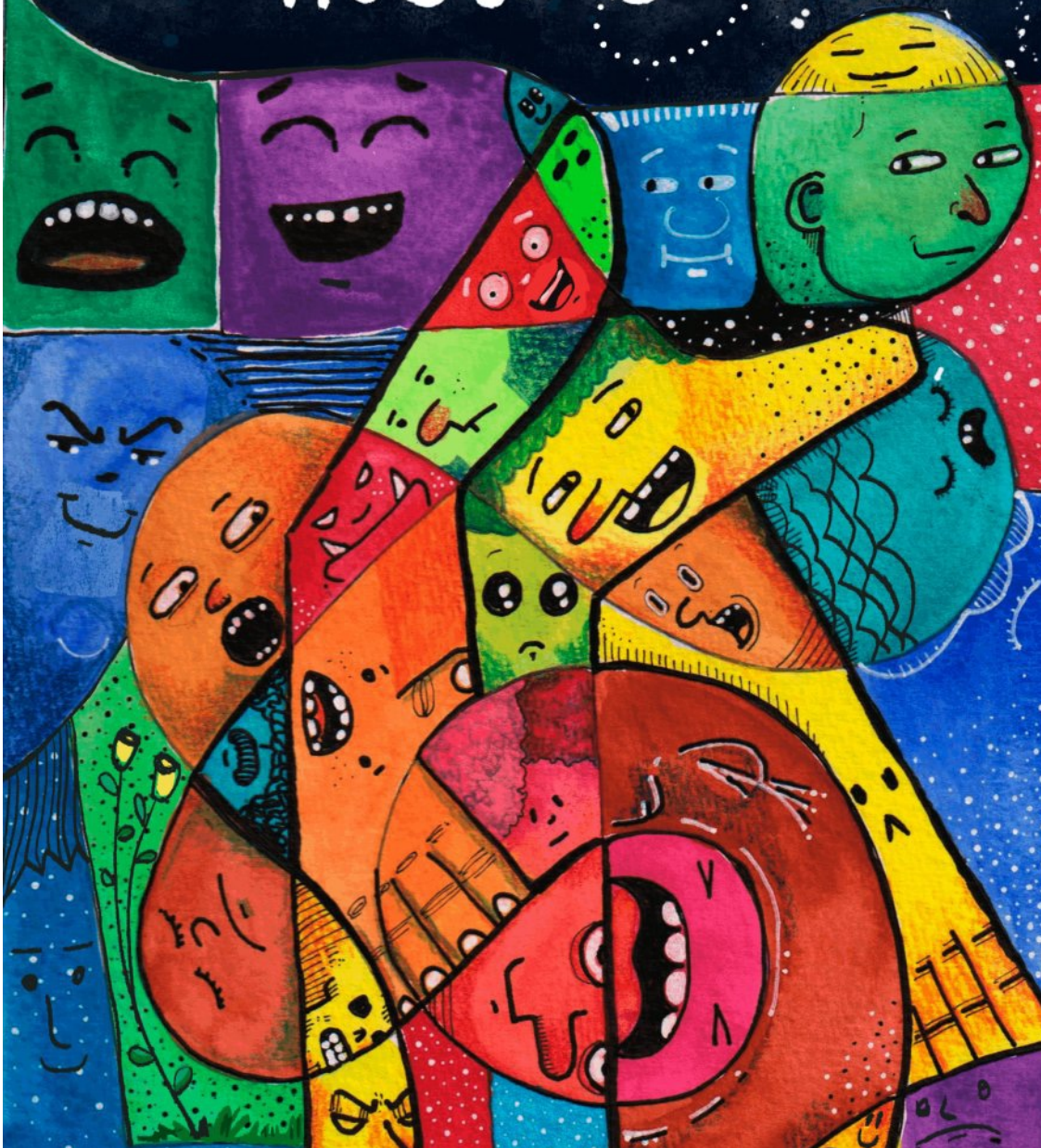


Aneécdotas ilustres



ANÉCDOTAS ILUSTRES

LPDH



En memoria de Ricardo "Gordito" Elena.

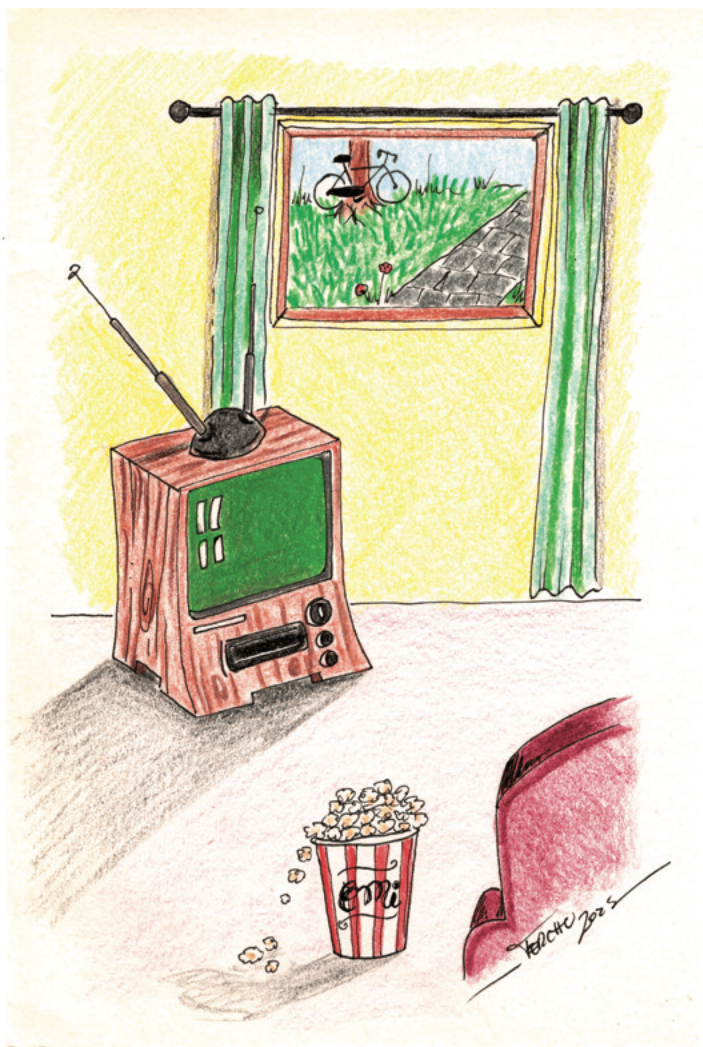
EXPLOTA TODO

EMILIANO VINOCUR

Esta noche íbamos a ver dos películas: una comedia y una de terror, en ese orden, porque el equilibrio emocional importa. Yo llegué a lo de Nahuel con la bici de mi vieja, una bici con canasto que ella usaba para ir a trabajar cada mañana. Azul oscuro, un toque oxidada, pero con dignidad. Me la había prestado bajo una sola condición: “La necesito mañana temprano, no te olvides”.

La primera película arrancó bien. Un humor bobo, gringo, pero de esos que te hacen reír con la boca llena de pochoclos. A la media hora, el cielo empezó a hacer ruidos que no estaban en el guion. Truenos largos, gordos, que se colaban por la ventana entreabierta. Se venía una tormenta pesada, de esas con olor a tierra mojada y postales para el Apocalipsis.

Yo, responsable por instinto materno heredado, dije: “Me voy”. Nadie me entendió. “Falta la de terror”, me dijeron.



Pero salí igual, envuelto en rayos, viento y una humedad con personalidad.

. . .

En la esquina, un transformador hizo tac, después zzzzp! y una lluvia de chispas iluminó un árbol como si fuese Navidad satánica. La bici temblaba como un gato mojado. Intenté pedalear, pero era como avanzar en gelatina y mis piernas temblaban como un flan.

Volví como pude. Dejé la bici tirada en la vereda, subí los dos escalones, y empecé a golpear la puerta de Nahuel como si el fin del mundo tuviera mi dirección exacta. Me abre, me ve empujado, sin entender nada, y yo entro gritando:

—¡Explota todo, explota todo! ¡No sabés lo que fue!

Y ahí, en ese living húmedo y tibio, con olor a pochoclo y miedo, entendí que no hacía falta poner la segunda película. Ya estábamos adentro de una y, sin dudas, explotó todo porque a los dos segundos se cortó la luz.

UNA SESIÓN ACCIDENTADA

BEATRIZ OCAMPO

La casa de mis abuelos en Catamarca se llenaba de gente en enero. El cumpleaños de la abuela Julia atraía a hijos, nietos, nueras, yernos y los colchones a la noche formaban parches por todos lados. Claro que los más jóvenes, entre los que me encontraba como adolescente, lejos de querer dormir, burlábamos la férrea vigilancia del abuelo (un carácter que más que de pocas pulgas, las había exterminado a todas).

Esa madrugada, desafiando la oscuridad, nos fuimos a la cocina a jugar a las cartas. Quiso la fatal inspiración de mi prima Stella, sugerir el juego de la copa. Las risitas nerviosas de varios que no queríamos admitir que teníamos miedo, hizo que alguno buscara copa y otro escribiera las letras. La luz de la vela era ideal para crear ambiente (la lámpara nos hubiera delatado) y los seis que estábamos allí comenzamos el ritual con una mezcla de escepticismo y expectación. “Che, esto la Iglesia no lo permite”... ”Shhh, hay que hacer la pregunta... ¿Quién la hace?



Nos mirábamos sin que nadie se animara hasta que Adriana, con voz un poco ahogada, preguntó: "¿El tío Manuel anda por acá? Que nos dé una señal" uno, dos, tres minutos y esperá-

bamos fervientemente que el tío siguiera descansando en el Más Allá.

De pronto, “algo” se cayó en el armario de los vasos. Claro, el sonido repercutió como cuenco de cuarzo y absolutamente todos gritamos olvidándonos del silencio. Los aparatos de ortodoncia de Rodolfo salieron volando al levantarse, la silla de Anita cayó de costado y yo me tropecé al querer esquivarla, manoteando lo que pude; me sujeté de Adri, que supuso que los espectros la seguían y salió a los gritos por el patio. Las luces se encendieron, mi tía apareció con su redecilla impecable y los ojos furibundos para preguntarnos qué carajo estábamos haciendo...

Nunca supimos si el espíritu atendió la llamada o fue alguna cucaracha gorda y grandota que se dio por invitada.

AVISO DE RETORNO

MÓNICA PICKHOLZ

Una noche, al llegar a casa, encontré bajo la puerta una notificación del correo argentino: debía pasar por la sede a retirar un paquete que venía del exterior. Me sorprendí, porque no estaba esperando nada.

—Qué raro —pensé— ¿quién puede haber enviado un paquete sin avisar?

Pasé la noche dándole vueltas al asunto, con mucha curiosidad y un poco de preocupación, esperando a que abriera el correo a la mañana siguiente.

Cuando finalmente llegué con la notificación, el empleado me dijo que tenía que esperar un rato. Le expliqué que me tenía un tanto inquieta porque no tenía idea de qué se trataba y además, necesitaba irme a trabajar.

El hombre desapareció por un pasillo y, al rato, volvió con un sobre grande en la mano. Apenas lo vi, reconocí mi propia letra. ¡No entendía nada! Era una carta —bastante gruesa— que yo misma había enviado a mi tía abuela Catherine en París hacía muchísimos años.

El empleado, al notar mi expresión, me preguntó:
—¿Qué pasa?



—¡Esa es mi letra! ¡Ese paquete lo mandé yo hace más de 12 años!

Revisamos la fecha: febrero de 2010. Mi tía abuela había

fallecido en 2011. Nos quedamos mirando el sobre, riéndonos de la velocidad del correo argentino y francés: una carta que volvió 13 años después. El sobre, además, tenía estampado un sello con el precio: 29 pesos. Un testimonio de otra época, también en términos de inflación.

Divertida, le conté la anécdota a mi prima segunda —nieta de Catherine— y a mis amigos. Era la carta viajera. Como sabía lo que contenía, no la abrí enseguida. La dejé un tiempo más cerrada.

Una noche, finalmente decidí abrirla. Y ahí vino la verdadera sorpresa.

Adentro estaba la foto de un cuadro, que recordaba perfectamente haber incluido. Pero no había ninguna nota mía dirigida a Catherine que, estoy segura, había incluido. En su lugar, había un folleto de un evento cultural en París... ¡en marzo de 2010! Eso solo podía significar una cosa: la carta había sido abierta en algún momento durante todos esos años. ¿Quién fue?

Le escribí a mi prima otra vez. Se sorprendió, pero esta vez me pidió que le mandara una foto del folleto por email. Y en el medio de la conversación me dijo: —Creo recordar haber visto ese folleto en casa de mi abuela en algún momento.

Quizás Catherine sí recibió mi carta. Empezamos a imaginar mil hipótesis.

Unos días después, mi prima me llamó:

—Ya sé, en parte, lo que pasó. Me estaba enviando a Nueva Zelandia 3 kilos de material sobre mi abuela, para escribir un libro sobre su vida. Hoy me llegó un email diciendo que perdieron parte del contenido del paquete.

—¿Y...? - Bueno... tal vez, en algún punto entre Francia y Nueva Zelandia, apareció esta carta con aviso de retorno, con remitente en Argentina. ¡Y la mandaron! Con un sello de hace más de 10 años.

Y así fue como la carta con “aviso de retorno” retornó a mis manos, después de recorrer medio planeta, sobrevivir a mudan-

zas, aduanas y burocracia postal. Adentro guarda su propia historia, la foto de un cuadro de mi abuela junto a sus hermanos. Uno de ellos, el marido de Catherine.

La miré, me reí y la volví a guardar. Por las dudas, la cerré bien: para que sepa cómo volver.

CARTAS, CAMPERA Y CARÁCTER

FLORENCIA PUJATTI

Diciembre de 1996. Tenía 18, recién salida del colegio secundario. Un colegio suizo, bilingüe, con uniforme impecable, profesores exigentes y un comedor donde hasta la sopa parecía tener modales. Me sentía lista para el mundo. Aunque, ahora que lo pienso... no tan lista.

Una tarde, después de terminar el colegio, me acerqué a mi mamá. Ella estaba sentada en la mesa del comedor, con su ritual de todos los días: el té con masas a las cinco. Yo, de pie, llena de entusiasmo juvenil (y un poquito de soberbia), le anuncié:

—Quiero trabajar.

Mi mamá, sin levantar mucho la vista del pocillo, sonrió como quien ya sabe lo que va a pasar y me dijo:

—Fantástico. Pero primero nos vamos de vacaciones a Europa. En marzo arrancás.

Y yo pensé: Perfecto, en marzo ella me consigue un buen trabajo. ¡Qué alivio!



Pasaron las vacaciones entre fotos, museos, trenes puntuales y chocolates suizos (más de los que quiero admitir). Marzo llegó, y con él, mi “momento laboral”.

Carla, la mamá de una amiga, trabajaba en una agencia de personal. Nos avisó que el Correo Argentino estaba buscando gente y que fuéramos el lunes 13 a una entrevista.

Ahí fuimos, todas prolijitas y entusiasmadas, como quien va a una pasarela y no a una selección de trabajo. Nos hicieron varias entrevistas. Yo respondía segura, sonreía, pensaba esto es pan comido. Y, efectivamente, quedé seleccionada para la siguiente etapa.

En esa etapa, me tocó una entrevista personal, ya en el Correo. Me recibe un señor muy amable que me explica el puesto:

—El trabajo consiste en repartir cartas.

Yo, muy serena, le sonreí y respondí:

—Ah, no, perdón... debe haber un error. Yo no estoy para eso.

¡¿Quién me creía que era?!

Volví a casa convencida de que mamá me daría la razón. Le conté con un poco de indignación la “confusión” del señor.

Sin embargo, me clavó la mirada y soltó, con esa mezcla de amor y dureza que solo las madres dominan:

—¡Hija, la desubicada fuiste vos!

Silencio. Yo, helada. ¿Cómo que yo?

—¿Tenés otras ofertas? —siguió, implacable.

—No...

—Entonces —dijo mientras dejaba la taza con elegancia—, ahora tenés dos problemas: primero, ir a pedirle disculpas al señor. Y segundo, preguntarle si todavía te puede contratar. ¿Para qué? Para REPARTIR CARTAS.

Me invitó a sentarme, como si lo que venía fuera una clase magistral. Y lo fue. Me habló de humildad, de esfuerzo, de sencillez, de comenzar desde abajo, de aprender a ganarse las cosas. En ese momento, no entendí del todo. Pero esa charla quedó guardada en mi memoria como uno de esos capítulos que después uno relee y dice: Ahhh... con razón me lo dijo.

Y sí, fui. Con vergüenza, con el ego arrugado, y un poco en modo penitencia. El señor me recibió con la misma amabilidad de antes. Me escuchó, aceptó mis disculpas... y me dio otra oportunidad.

Mi primer trabajo fue, literalmente, caminar bajo la lluvia con un montón de sobres en la mano. Y mi mamá, que sabía cómo preparar a una hija sin que pareciera castigo, me compró una campera de plumas larga y hermosa que me protegió del frío como si fuera una armadura. Era como un abrazo silencioso que decía: Aprendé. Estás empezando. Vas bien.

Repartí cartas. Muchas. Aprendí calles, direcciones, conocí perros poco amigables, vecinos simpáticos y otros no. Aprendí a madrugar, a equivocarme, a corregir, a decir “buenos días”....

Tardé años en entenderla del todo. Pero ahí estaba la primera gran lección de vida.

CON LOS OJOS DEL ALMA

MARTIN LOPEZ

En el barrio Guadalupe Oeste, en una vereda tranquila donde el tiempo parecía detenerse, el señor Mazza, un viejito de 92 años, se sentaba religiosamente cada tarde en la puerta de su casa. Sus días eran un desfile de rutinas sencillas, donde su vista se iba apagando lentamente, pero su espíritu seguía tan fuerte como siempre. Mazza era hinchado de Colón de Santa Fe, y todos los que pasaban por su puerta conocían su devoción, como quien conoce el estribillo de un tango que se repite de memoria.

El tema de conversación con él siempre era el mismo: Colón. Desde las victorias que inflaban el pecho hasta esos partidos para el olvido que arruinan el fin de semana completo, cada jugador y cada anécdota tenían un lugar especial en sus relatos. Los vecinos lo escuchaban con paciencia, sabiendo que hablar de su equipo era como darle siglos de vida.

Una tarde, me acerqué a él. Nos miramos, pero al principio no me reconoció; su visión debilitada por los años le impedía distinguir mi rostro. Pero yo sabía que con las palabras adecua-

das, podría atravesar la niebla de su mirada. Me acerqué un poco más y pronuncié con firmeza:



— Colón campeón.

El cambio en su semblante fue inmediato. Su rostro, antes sereno, se iluminó con una sonrisa amplia y sincera. Los ojos del

señor Mazza, velados por la edad, parecían brillar con una luz única. En ese instante, supe que me había escuchado, no con los oídos, sino con algo más profundo e infinitamente más trascendente: con los ojos del alma.

—A vos te estaba esperando —dijo.

Con manos temblorosas pero llenas de emoción, buscó algo colgado del andador que usaba para moverse. Después de unos segundos, sacó un viejo gorro rojo y negro, los colores de su adorado Colón. Me lo ofreció con una mirada cargada de sentimientos y una ternura que me emocionó profundamente. Acepté el regalo sabiendo que no era solo un objeto, sino un pedazo de su corazón, un símbolo de la amistad y el cariño que nos teníamos.

Nos quedamos un rato más charlando, recordando el día en que le regalé una camiseta de Colón con el 10 en la espalda y su nombre grabado. Me confesó que sentía que la vida se le iba apagando y que, cuando llegara ese día, quería irse con la camiseta que yo le había dado y con la paz de haber visto campeón a su equipo. Entendí que hay cosas que trascienden las barreras físicas, que la verdadera conexión se da en el alma, donde las palabras y los recuerdos se mezclan en un abrazo eterno.

Al despedirme, me llevé no solo un gorro, sino un pedazo del alma del señor Mazza, un testimonio de que la pasión y el amor por lo que uno cree pueden iluminar incluso los días más oscuros. Y cada vez que veo ese gorro, recuerdo su sonrisa y los ojos del alma con los que me escuchó.

No pasó mucho tiempo desde aquel día. Don Mazza falleció. Sus hijos cumplieron el deseo de darle la última despedida a su cuerpo con la camiseta que yo le regalé. Suelo pasar por la puerta de su casa, mirar el sector de la vereda donde él se sentaba, asentir con la cabeza, como un cordial saludo a mi viejo amigo, y por lo bajo gritar bastante fuerte:

—¡Colón campeón!

CRÓNICA DE UNA FALSA ALARMA ANUNCIADA

MATÍAS GAGLIARDONE

La alarma suena a las 5:34 de la madrugada, justo cuando estaba en medio de un plácido sueño. Una voz grabada grita a los cuatro vientos, en inglés: “A fire emergency has been reported in the building. Please use the stairs and emergency exits. Do not use the elevators”, mientras una insoportable luz titilante y un sonido estridente casi me tiran de la cama.

—Lo único que espero es que no sea otra falsa alarma como siempre con estos pelotudos, porque los mato —dice mi mujer, un poquito molesta.

Yo estoy entre dos pensamientos: que sea una falsa alarma, así podemos volver a dormir (con suerte), o que esta vez pase algo de verdad, como para justificar que nos hayan arrancado de la cama de esta forma.

—Agarremos los papeles importantes —digo, tratando de hilvanar una oración coherente, mientras meto desordenadamente carpetas con documentos en la mochila. Me siento borracho, pero sin las ventajas del alcohol: solo el mareo y la pesadez. Me cambio lo más rápido que puedo y me alisto para salir.



La gente de este edificio no suele respetar mucho las normas en estas situaciones. Tal vez porque, como yo, están hartos de las falsas alarmas. Más de una vez bajamos hasta el lobby para nada, y alguna que otra tuvimos la suerte de que la alarma se apagara antes de salir. La única vez que ocurrió algo «de verdad» fue

porque un vecino dejó una olla al fuego demasiado tiempo y activó la sirena de incendio. En definitiva: nada. Por eso, ya nadie se lo toma en serio.

Dicho y hecho: me asomo por la mirilla y veo a varios vecinos yendo hacia los ascensores, ignorando olímpicamente las indicaciones de usar las escaleras que se repiten como un disco rayado por los parlantes del edificio.

Estamos en plena pandemia así que, precavido, me pongo el barbijo antes de salir. Pero esta vez no es por precaución sanitaria, sino para proteger al resto de la humanidad de mi aliento a podrido de recién levantado. Bajamos los 19 pisos por la escalera y solo nos cruzamos con dos personas. No soy estadista, pero en un edificio con 720 departamentos, eso quiere decir que los que iban a los ascensores eran todo menos un espejismo. Me pregunto si se debe a la idiosincrasia perezosa de los yanquis o simplemente a que nunca creen que pueda estar pasando algo grave.

Salimos por la puerta lateral del edificio. La mañana está fresca. Me doy cuenta de que es la única hora en que se puede disfrutar de un clima así en Miami. Me da pena pensar que nunca voy a aprovecharlo... al menos hasta la próxima alarma matutina.

Rodeamos el edificio hasta la entrada principal, justo a tiempo para escuchar al del front desk decir las palabras mágicas. Las que más quería oír, y a la vez las que menos:

—It was a false alarm.

Al final, los vecinos tenían razón. Teníamos razón. O sea que me hicieron levantar al recontra pedo, la reputísima madre que los parió. Conociéndome, ya no voy a poder volver a dormir.

Efectivamente, en lugar de estar sumido en mi plácido sueño, estoy acá escribiendo estas líneas catárticas.

Ofuscados, nos metemos en el ascensor; por suerte llegó rápido. Lo único que nos faltaba era tener que esperarlo como

siempre. Mientras subimos, me viene una reflexión: esto de las falsas alarmas ya se convirtió en el cuento de Pedrito y el lobo. Y todos sabemos cómo termina esa historia.

El día que pase algo en serio en este edificio, no tengo dudas: nos cagamos muriendo todos.

COSAS QUE PASAN POR ANDAR MIRANDO EL CELULAR

SILVINA BRIZUELA

Cada vez que miro a través del ventanal que da al patio, pienso en exactamente las mismas dos cosas. Uno, que debería limpiarlo, porque tiene las marcas de los dedos de mis hijos, las gotas de la última lluvia, polvo y hasta la marca de una pelota de fútbol estampada allí hace varios días. La segunda cosa que pienso es que, debo recordar, no limpiarlo tan bien, tan perfecta e inmaculadamente. Debo dejar alguna mancha, alguna marca o señal que advierta de su existencia.

Adquirí este aprendizaje en Acapulco, hace unos años, apenas iniciadas nuestras vacaciones. Acabábamos de entrar al hermoso departamento que alquilamos en un piso veinte frente al mar. En cuanto descargamos las valijas, le dije a mi marido que fuera al súper a buscar provisiones mientras yo me quedaba con los niños, instalándonos para las próximas dos semanas de playa.



Al cabo de unos minutos, él se fue con la lista del súper y yo pensé (lo recuerdo perfectamente) lo primero que voy a hacer es salir al balcón a mirar la hermosa vista que tenemos de la bahía. Tomé el teléfono y llamé a mi madre con video. “Mirá, mami, donde estamos, mirá qué belleza, qué hermoso cielo celeste, qué divino, mirá el mar allá atrás, ¿viste?” Y de pronto PUM, una

estampida atronadora, un golpe tremendo y un dolor indescribible. El golpe me dejó de cola en el piso. El teléfono voló por los aires, la sangre chorreaba imparable y, aunque me moría de dolor, no emití ningún sonido. No quería espantar a los niños que jugaban con sus autitos en el dormitorio. Como pude, gateé con la vista nublada hacia la cocina, luego pude pararme y caminé tambaleante hasta el freezer. Saqué un cacho de hielo, lo envolví en un repasador e hice una dolorosa presión sobre la zona lastimada, todo en silencio.

“¡Mami, tengo hambre!” gritó mi hijo pequeño justo en ese momento. “Esperá un ratito que ya vuelve papi, quédense en el cuarto” le contesté con voz temblorosa. Quería llorar, gritar, el dolor era extremo. Me asomé al espejo del cuarto de baño, observé el corte de un centímetro y mi nariz horriblemente hinchada. “¡Esto no me puede estar pasando!”, pensé y seguí haciendo presión con el hielo. Entonces, recordé que había dejado a mi madre en videollamada y volví a buscar el teléfono. Me costó encontrarlo, aún estaba mareada. Cuerpo a tierra me metí entre las patas de la mesa y logré rescatarlo. Cuando lo tuve entre mis manos, vi que mi madre seguía del otro lado. Me observó un instante, con el mate en una mano y un bizcochito de grasa en la otra. Se mordió el labio inferior, movió la cabeza de un lado a otro y coronó su gesto con un “¡qué pe lo tu da!” en perfecta entonación.

EL GRAN CORREDOR

SILVANA GOLDEMBERG

No lo conocíamos mucho, solo sabíamos que era algo mayor que nosotros y que corría sin parar.

Corría trayendo enormes atados de ropa sucia que recogía por las casas y luego salía corriendo para entregar prendas ya limpias y planchadas por su madre.

Le gustaba correr por las calles del pueblo, era incansable e inalcanzable. Con los codos en la cintura, los puños apretados y elevando las rodillas, corría, corría, corría.

Cuando lo veíamos pasar le gritábamos: —¡Chau, Flaco!

Y el Flaco, que era lanza y flecha y rayo y viento, sin detenerse, saludaba con un: —¡Chau! —raudo como sus piernas.

Una vez vino al pueblo un renombrado deportista, de esos que salen en la revista El Gráfico.

El susodicho demostraría su envidiable estado atlético compitiendo en una carrera con los más audaces deportistas locales y los de otras poblaciones del departamento que se inscri-

bieron para acompañarlo, hasta donde sus fuerzas se los permitieran.



Arribó envuelto en un despliegue de público, prensa y fanáticos admiradores, todos anhelaban conocerlo personalmente.

Nosotros nos colamos para presenciar la emocionante largada. ¡Y lo vimos!

Ahí estaba el laureado personaje, luciendo un vistoso, moderno, adecuado vestuario; posaba con gesto de profunda concentración, en medio de su equipo de entrenadores.

Junto a él, pequeñín, con su pantalón raído, sus zapatillas agujereadas, el flequillo rebelde y una humilde expresión vergonzosa, estaba el Flaco, El Gran Corredor de nuestro barrio.

Salvo nosotros, a él nadie le prestaba atención.

Sonó un disparo. ¡Largaron!

La estrella del deporte tomó con facilidad la delantera y la mantuvo durante todo el tramo del recorrido, hasta llegar a la meta. ¡Imposible ganarle!

No hubo uno solo, entre sus rivales, que pudiera igualarlo. Salvo ese jovencito insignificante que no se despegó de su lado, ni por un ratito.

Al principio, el hombre no se dio cuenta del escuálido muchachito que se mantenía a la par. Después, no le dio importancia, lo ignoró. Más tarde, lo miró con curiosidad. Poco a poco, comenzó a espiarlo como a bicho raro, a espantarlo como si se tratara de un tábano, y a observarlo con algo de preocupación. Otros metros de hostigamiento y ya lo estaba ahuyentando, hasta terminar echándolo, furioso.

Nosotros, trepados a la camioneta de uno de los organizadores, lo alentábamos: —¡Dale, Flaco...!

Y así, sin prensa ni agasajos, pero con nuestro sincero, entusiasta y fervoroso aplauso, nuestro flacuchento vecino, agachándose para no tocarla, pasó bajo la cinta que marcaba la llegada.

La que, instantes después, el célebre corredor cortaba con su pecho consagrado, acostumbrado a las medallas.

Cuando habló a la prensa, la voz le temblaba y nosotros sabíamos que no solo se debía al cansancio y a la emoción.

A partir de entonces, cuando veíamos pasar al Gran Corredor le gritábamos: —¡Bravo, Campeón! —recordándole el

triunfo que solo nosotros registramos, reconocimos y valoramos.

El Flaco nos respondía elevando los brazos al cielo, como acostumbran a hacerlo los campeones, que aparecen en la revista El Gráfico.

GOTERAS

ROSARIO QUIROGA

Era sábado, con el gordito Ariel, mi primo de 6 años, salimos rumbo al grupo de juvenil.

El, caminaba feliz, habíamos estado de pijamada el viernes y ahora sábado, tarde de juegos, plan completo .

Desde que lo conocí, creamos un vínculo hermoso; era un pequeñito de puros cachetes redondos, muy cariñoso, mirada pícara, inquieto y de lo mas divertido.

Yo tenía 16 años; era animadora de niños.

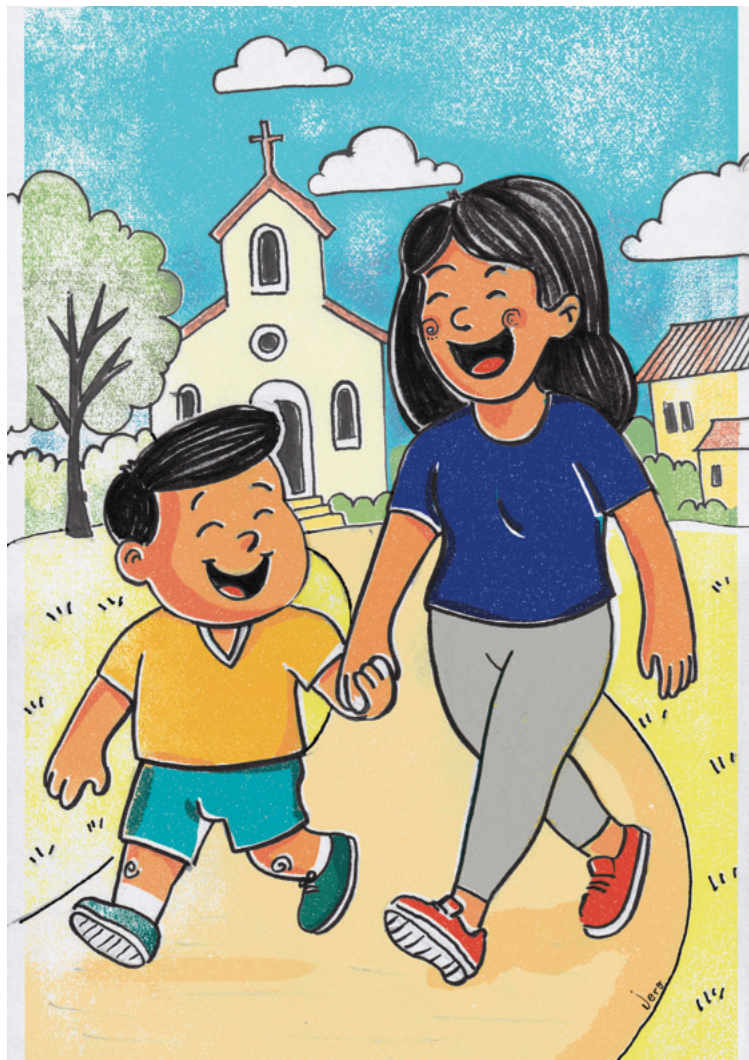
Siempre me sentí techo para mi familia, mis primos, y para los niños de la parroquia. Buscaba darles amor, protección, calor de hogar.

Todos los sábados antes de la merienda en la parroquia, armaba juegos de cooperación, trabajo en equipo y confianza. Pasábamos lindos momentos con los niños entre charlas, risas y abrazos.

Ese día, después de los saludos, empezamos la actividad recreativa.

—Vamos a jugar en parejas.

Elijan un compañero (Arielito se puso a mi lado).



Todos en círculo, un integrante de cada pareja adelante y forman otro círculo.

Al sonido del silbato, corren en círculo los de afuera; serán

perritos. Y los de adentro abren las piernas formando la casita del perro "cucha".

Al sonar 2 veces el silbato, los perritos siguen corriendo y buscan su cucha.

Todo iba bárbaro, divertido.

—¿Puedo jugar? Me dice Arielito.

—Dale

Entonces dejo el juego a manos de otro y nos sumamos.

—Yo "cucha". Vos perrito.

—Sí, sí.

Ahhh, Arielito estaba fascinado. Jugaba con la "animadora", tremendo orgullo; quería darlo todo, miraba atento.

Suena el silbato y Arielito corrió velozmente, cegado; solo me miraba atento, agudizando el oído, esperando la señal.

Piii piii, sonó de nuevo el silbato.

Arielito disparó cual ráfaga, concentrado, serio, atento a llegar justo y preciso.

Mis amigos, llenos de ternura, reían.

Yo embelesada de mi primito, estaba descostillada de risa, jajaj, me lloraban los ojos. Pero, tenía que ir al baño.

No podía aguantar.

—¡Dale, Ro, abrí!— gritaba Arielito.

Yo tenía que abrir las piernas y él se metía abajo y ganábamos.

Al mismo momento en que se puso abajo mío.

—Ganamos!!— grito.

Y ahí la risa fluyó en aguas ¡Chan! y seguía riendo.

—Se hace, se hace— gritaban y yo corría al baño.

Después de una linda tarde, volvimos a casa. Yo con un buzo prestado.

Y el gordito Ariel me dice riendo.

—Prima, mi cucha tenía goteras.

Y nos empezamos a reír de nuevo, abrazados y tentados de risa.

Amo mi rol de techo, aunque a veces haya alguna gotera.

JIMMY

DENISE BARONE

Teníamos turno para llevar a Jimmy al veterinario porque había que sacarle una astilla que tenía clavada en una pata trasera y podía infectarse. Era la última oportunidad, ya que pronto nos iríamos de vacaciones, con Jimmy incluido.

Jimmy es un perro grandote pero muy miedoso, un pusilánime. Ese día estaba histérico y no colaboraba en nada con la persona que lo rescató de la calle, que le curó la sarna, que le compra más carne picada que alimento balanceado, que lo deja dormir en la cama en invierno (porque en verano no quiere por el calor), que lo deja tomar agua de la canilla (no le gusta tomar del tazón) y espera hasta que el señor termine porque hay que sostener la canilla o la manguera. No sé, quizás cree que la canilla lo puede morder; es realmente un perro medio bobo.

Ese sábado de enero con 42° de térmica en la ciudad de La Plata, habíamos quedado en llevarlo al veterinario con los mellizos. A mi marido no se lo podía molestar porque estaba ocupado con la ardua tarea de buscar alojamiento en San

Bernardo, como si esa ciudad fuera Cannes durante el festival de cine.



Cuando llegué a casa, no había nadie. Los muy cretinos se habían ido a jugar al fútbol sin tener la menor noción de espacio y tiempo. No hubo forma de comunicarme. Ya sabemos hombres-fútbol = modo avión. Los insulté con las mejores puteadas de mi vida mientras Jimmy presentía lo que le esperaba y corría en zigzag entre mis piernas. Agarré furiosa las llaves de la camioneta, estaba roja de ira y de calor. Busqué infructuosamente el collar y la correa mientras el perro seguía trabando mis pasos. En esta casa hay un plan perverso porque todo desaparece cuando YO lo necesito (biromes, papeles, tijeras, hijos, marido), y ahora ¡el collar y la correa! Ya era muy tarde, le imploré a Jimmy que colaborara, que se acordara de quien soy en su vida. Al llegar a la puerta el idiota se puso duro como una piedra, no podía hacerlo caminar y encima no tenía de dónde agarrarlo que no fuese de sus pelos, de manera que gritaba como si lo estuviera destripando. Empapada en sudor logré meterlo en la camioneta y pasó lo de siempre, se hizo pis del susto.

¡La recontra que lo parió al perro y a los futboleros!

Ya en la veterinaria hubo que buscar ayuda para sostenerlo entre tres (incluida yo) mientras le cortaban el pelo para poder ver bien la zona con la astilla. Me desperté en una camilla al lado de la de Jimmy, él movía la cola y yo estaba confundida mientras me ofrecían agua y me miraban asustadísimos. Me había desmayado. Querían llamar a urgencias, pero les dije que era por el calor, que estaba bien. Jimmy ya estaba sin astilla, con correa nueva y yo repuesta. La tortura había terminado.

Volvía a casa con sed de venganza.

Abrí con cuidado el portón trasero de la camioneta; de pronto, Jimmy saltó por encima de mi hombro y se escapó, otra vez este perro idiota, pensé. Lo vi lanzarse encima de un tipo que venía, navaja en mano, directamente hacia mí con la intención para robarme la camioneta o quién sabe qué. Mientras el tipo intentaba escapar, Jimmy le mordía la pierna y el tipo se volvía a caer, y así, hasta que estuvo lo suficientemente lejos como para ser una amenaza.

La mirada del gran Jimmy me lo dijo todo. Claro, él es mi amigo más fiel y quien me enseña a vivir sin rencor, el sábado iba a transcurrir en familia y en paz.

LA ESCOBA DEL 15

FERCHU CROCE

Ocho y siete: quince, te gané. La Ernestina, mi abuela paterna, para nosotros, sus nietos, la Nona. Una viejita llena de sabiduría ancestral, templanza y respeto por su religión.

Sabiduría ancestral a saber: si te hamacabas en la silla, te pegaba el grito "¡No hagas así que es pelea en la familia!" Si llovía y en el suelo se hacían burbujitas, va a llover mucho. Si barriás de noche, se moría alguien cercano. Las 3 teorías se respondían a la lógica de "porque es así y punto".

Templanza: mi nono Nicolás, su esposo, solía sorprenderla pintando la cocina o el baño o cualquier rincón de la casa sin previo aviso. Por alguna razón, a este gringo grandote le gustaban los colores estridentes, no así a ella. Varias veces, sucedía que de pronto, la cocina fucsia, el baño verde loro exagerado, el comedor azul eléctrico, y bastaba una mirada de la vieja para que de repente el nono emprendiera viaje nuevamente a la pinturería y tapara su creatividad con seis manos de color "cremita".

Respeto por su religión: tenían un rosario de piedras

enormes en la cabecera de la cama. Una virgen del Carmen de Cuyo en la cómoda. Un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús en la mesa de luz y estampitas varias.



Velitas para cada día de un santo. Jueves santo sin música, etcéteras varias.

Nos enseñó a todos los nietos a jugar al chinchón y la escoba del 15 con el mismo mazo de cartas añejo. Rápido repartía las cartas y ganaba casi siempre, juntaba las cartas a la misma velocidad y jamás mostraba su jugada.

Un día que casualmente también ganó, debo haber tenido 7 ú 8 años, le dije "Mostrame si ganaste", y no terminé la pregunta que ya empezaba a repartir de nuevo, insistí, ambas nos tentamos tanto que no podíamos hablar. Le pedí que jurara por Dios que no me hizo trampas, y me respondió con una frase que la retrata, entre carcajadas, ¡Qué tiene que ver Dios con las mentiras mías! Y casi me hago pis de risa.

Las viejas más lindas del mundo las tuve de abuelas; espero que Dios exista para que haya premiado su amor y las tenga en un paraíso de plantas y barajas nuevas, que a la Ernestina la haya dejado ganar, que le encantaba, y si es bueno, como ella decía, seguro ni le pide que le muestre la jugada.

LA MONJA, INGRATA

DIANA VILLALBA

La hermana de mi abuelo, Cristina, era una monja de clausura en Mendoza, miembro de las Carmelitas Descalzas de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo. Nunca la conocí.

Cuando murió mi bisabuelo, me contaron que ella no pudo ir a despedirlo porque salir del claustro no era sencillo, por los permisos. Las monjas únicamente podían hacerlo por cuestiones de salud o para cumplir con responsabilidades cívicas, como votar. No sé si este recuerdo es exacto o si lo imaginé, pero, al parecer, cuando mi abuelo o mis tías y tíos la visitaban, la veían tras las grandes rejas del convento, que, según decían, era hermoso.

Tendría unos ocho años cuando, un domingo de almuerzo familiar, nos propusieron escribirle y mandarle cartas a la tía monja.

¿Una carta? En la escuela ya habíamos aprendido sobre sus partes: los saludos, los cierres, los distintos tonos según el destinatario. Pero... ¿cómo se escribe una carta a una tía monja que, encima, no conozco? ¿Con un trato formal o informal?



Recordé que en el ropero de mi mamá había muchas cartas guardadas. Algunas de papá, de cuando eran novios. Otras, de su amiga María.

Entre las de mi papá, llenas de palabras románticas, no encontré nada útil.

Pero entre las de María, encontré un párrafo que me llamó la atención. Al final, decía:

“Me despido, amiga. Quiero saber más de tu vida, y contéstame la carta; no seas ingrata.”

Listo. Había encontrado la manera de despedirme. “Ingrata” sonaba tan cool.

La carta partió desde Formosa hacia Mendoza.

Pasaron unos meses y recibimos respuesta. Mi tía hizo referencia a mi despedida:

“Gracias por tu carta tan linda, me hizo sonreír mucho. Fue de las primeras cartas que contesté, ¡No vaya a ser que se me pase y me olvide de responderte! ¡Ni Dios lo quiera! Me alegra mucho saber de vos, y espero que sigas escribiéndome.”

Me acordé de esa palabra que había usado.

¿Será que “ingrata” no era una forma simpática de decirle que me respondiera?

Fui al diccionario, el Larousse amarillo que llevaba en mi mochila, y busqué:

Ingrato/a. Adj. Desagradecido. Que olvida o desconoce los beneficios recibidos.

¡Uhhhh! ¿Por qué no lo busqué antes?

LA NOCHE EN QUE LE DI UN PASE AL NUEVE

CECI CRISTANTE

Uno de mis oficios de supervivencia fue la gastronomía. Empecé como camarera en mi época de estudiante en Córdoba. Era un bar que estaba montado en una casona divina, en un barrio de vieja gloria.

Solíamos tener visitantes ilustres, farándulas del momento, deportistas y músicos con o sin su banda. Había que mimarlos especialmente, como parte del juego de la fama.

Pasaba a veces que eras fan del visitante y, acá no vinimos a mentir, alguna de esas veces la persona real era una decepción. Vamos, que cada cual es como puede; pasa que hay quienes pueden ser bien desagradables.

Para mi suerte, y la de este relato, conocí a mucha gente generosa, divertida y amable.

Una noche me tocó atender a Marcelo Milanesio.

Marcelo Milanesio es jugador de básquet, el nueve, el base del club Atenas y de nuestra Selección Argentina.

Yo he jugado al básquet. Mal, pero he jugado. Desde los 15 años soy oficial de mesa. Hice las planillas y las estadísticas de juego, manejaba el tablero y el reloj de posesión. Estuve muy

involucrada con la Comisión del club y en ese momento aún no nacía mi hijo, pero cuando nació, jugó al básquet.



Toda esta hoja de ruta para que entiendan el nervio que me invadió cuando lo vi. El señor es un crack absoluto y además muy guapo.

Se sentaron en una de las mesas principales, mesa redonda para 10 personas. La noche iba perfecta, 5 parejas en una salida, charla, chistes, comida rica. Todo hermoso.

En el momento en que estoy recogiendo la vajilla, él me pide si puedo limpiar la mesa en su sitio, y yo, sin darle tiempo a mis dos neuronas de hacer sinapsis, metí la mano en el bolsillo, agarré la rejilla Y SE LA TIRÉ.

Estaba justo enfrente, así que mientras veía cómo la rejilla giraba avanzando en el aire en cámara lenta, atravesando toda la mesa, sentía cómo mi cara se transformaba acorde a la monumental metida de pata.

Él, como un profesional, recibió el pase y se puso a limpiar. Yo, tratando de volver a respirar para poder pedir disculpas, escucho a su esposa Zarina salvar el momento diciendo: "años tratando de que ayude en casa, mirá qué fácil era."

LA SOMBRA DEL RECUERDO

MARTIN LOPEZ

Jorge, enfermo terminal de cáncer, solía pasar las tardes bajo la sombra de un árbol, en el barrio Barranquitas de Santa Fe. A pesar de su deterioro físico, mantenía su humor intacto, disfrutando de las siestas calurosas y las chicharras que llenaban el silencio.

Esa tarde, mientras tomaba mate, vio a su viejo amigo Roberto caminar por la calle. Habían pasado años sin verse, distanciados por la mudanza de Roberto al campo y su rechazo al “aparato que te quita vida” —el celular. Roberto, sorprendido por los cambios en el barrio, se detuvo frente a la casa de Jorge. La nostalgia lo invadió al reconocerla.

Cuando sus miradas se cruzaron, Jorge sonrió, pero Roberto no lo reconoció. “Abuelo, ¿sabe si acá sigue viviendo el gordo, mi amigo de la infancia?” preguntó. Jorge, en un impulso travieso, respondió: “El gordo murió hace algunas semanas.”



El silencio que siguió fue abrumador. Roberto, vencido por la tristeza, se sentó en el cordón de la calle, incapaz de contener las lágrimas. Jorge, sorprendido por la intensidad de su mentira, le ofreció el mate.

Mientras Roberto compartía anécdotas, Jorge escuchaba conmovido. Historias de infancia, travesuras y una épica noche

de “lisos” que terminó tres días después. Roberto reía entre lágrimas, hasta que Jorge, incapaz de sostener más la farsa, interrumpió:

“Eso pasó porque vos sos un borracho, Tito. Eran un par de lisos nomás”.

Roberto, sin poder creer, lo abrazó con fuerza. “Gordo, ¡no podés ser tan hijo de puta!” gritó entre risas y lágrimas. Jorge, por primera vez en mucho tiempo, sintió que la vida, aunque pendiendo de un hilo, todavía podía regalar momentos eternos.

LA TARDE QUE EL PUEBLO PERDIÓ A SUS COSTURERAS

ISIS GONMON

Eran aproximadamente las seis de la tarde cuando Javier, el hijo de doña Gertrudis, pasó por casa de Conchita y Ximena. Las dos hermanas cosían muy bien y con el paso de los años, ya vestían al pueblo entero. De hecho, no había otra costurera en el lugar.

Todos los habitantes estaban verdaderamente agotados, pues ese día había hecho un calor sofocante de más de 45 grados, 90 por ciento de humedad y un sol aniquilante sin piedad.

Javier era de los pocos que se encontraban en la calle; la mayoría de la gente se refrescaba en el portal de sus casas.

La puerta de las hermanas estaba abierta, como todas las del pueblo a mediados del siglo pasado, cuando los ladrones no se atrevían a meterse con mujeres y menos de edad avanzada. Javier vio, ya con poca luz pues el sol había bajado, a las hermanas inconscientes. Una, tumbada en el piso y líquido oscuro regado.



La otra, totalmente encima de la máquina de coser, apenas si se le veía la sangre escurrir.

Javier salió corriendo al mismo tiempo que gritaba repetidamente: “¡Mataron a las costureras!” “¡Mataron a las costureras!”

Inmediatamente salieron los vecinos más cercanos; después,

los de las cuadras alledañas, y posteriormente, el pueblo entero estaba enterado del suceso.

Cuando llegó la policía, tuvieron que cercar el lugar porque había demasiada gente queriendo entrar para saber, de primera mano, lo que había ocurrido realmente con las hermanas. Inmediatamente llegó una ambulancia.

Doña Gertrudis trató de calmar a Javier al momento que le hacía una retahíla de preguntas sobre lo que había visto. Las vecinas se acercaron para escuchar lo que él podía decir. Una de ellas expresó: “¿Ahora quién hará los uniformes de mis hijos?” otra: “¡A mí me estaba haciendo un vestido para el fin de semana!” y una tercera: “Vi a un hombre hace dos días en su casa.”

En la otra cuadra, se rumoraba que ganaban demasiado dinero y no veían que dieran suficiente limosna en la iglesia. Quizá Dios las había castigado (decían).

Más adelante, una familia comentaba que las hermanas, desde que habían llegado al pueblo, siempre les fueron sospechosas. Quizá (decían) venían huyendo de alguna fechoría y por eso ahora, algún sujeto tomó venganza.

Alguien escuchó que, de hecho, no eran hermanas, que eran madre e hija, pero la primera nunca la había reconocido.

Un grupo de señores expresó que, al menos por un tiempo, sus esposas no los molestarán con ir a comprar telas a la ciudad para hacerse vestidos. Así, sus bolsillos también descansarán.

Mientras, en la casa de las hermanas, los paramédicos las atendían. Conchita poco a poco despertó de su desmayo; tenía un golpe en el brazo y otro en la cara. Mientras se incorporaba, encontró pedazos de un plato y una taza de café; se le habían caído cuando vio a su hermana con la cara sobre la máquina de coser. Ésta, al recibir el golpe en la nariz, le brotó sangre, y la tela que se encontraba cosiendo, poco a poco, se manchaba de rojo.

Todo fue una cadena de sucesos en los que, afortunadamente, sólo habían sido dos desmayos. Uno, el de Ximena, provocado por una baja presión y otro, el de Conchita, debido a

la impresión de ver en ese estado a su hermana, creyéndola muerta.

En los siguientes días, diferentes integrantes del pueblo llegaban a la casa de las hermanas ofreciéndoles viandas, buenos deseos de recuperación y mostrando su alegría de que estuvieran sanas y salvas.

Una de ellas, llorando, les dijo: “¡Estábamos muy preocupados, no sabemos qué hubiéramos hecho sin ustedes!”

MALDITO CAFÉ

ALI CUCHI

Esta semana le tocaba turno de noche; salió de Aeroparque a las 6:00 a.m., madrugada fría de invierno. Se compró un café antes de subir a la autopista; su flamante 3008 en su interior aún olía a nuevo, puso música, bebió con ganas varios sorbos y emprendió el regreso a su casita.

El primer retorcijón le dio indicios que tendría que detenerse en alguna estación de servicios para hacer lo segundo. Pensó que solo era una molestia común, pero al ir avanzando, la situación se puso más difícil.

Su cerebro solo pensaba en cómo iba a hacer para bajarse del auto; se encontraba en medio de la autopista, lejos de una posible salida.

Empezó a transpirar; apretando las piernas, buscaba soluciones inmediatas, ya que cada vez se ponía peor.

Lágrimas y sudor acompañaban a los chuchos de frío, hasta que logró sacar la alfombra de goma del acompañante y, como pudo, la puso en su asiento.

Llegó a una banquina, pero ya era tarde...

Todo quedó ahí adentro. Lloró de bronca.



Al llegar a su casita, puso las botamangas dentro de las medias y al bajar notó que su flamante auto nunca más olería a nuevo.

QUERER DESCONOCER

JERÓNIMO VISÑOVEZKY

Resulta que a un amigo un día le ponen dos multas. Estaciona mal el auto, le hacen una multa y al rato, otro agente le hace otra. Cuando se da cuenta, decide ir a rentas a tratar de que le anulen una de las dos.

Él había esperado que el empleado que lo atendiera fuera apático. Se imaginó a alguien perezoso, sin ganas de ayudarlo, que le iba a decir: "Vas a tener que pagar todo, jodete." Encima, mi amigo estaba apurado porque la multa costaba menos si la pagaba ese día, y después el precio se disparaba. Se hacía carísimo. Multiplicado por dos era impagable.

Pero cuando se sentó a hacer el trámite, se sorprendió. El empleado que lo atendió fue muy atento. Le hizo preguntas. Le tomó los datos. Anotó los detalles en el sistema un rato largo y, al final, con una sonrisa, le dijo que se quede tranquilo. Le dijo que todo estaba solucionado y que iba a poder volver la semana siguiente y cancelar todo pagando una sola de las multas. "Y el precio queda congelado" le dijo. Aliviado, mi amigo lo saludó con un apretón de manos. Y, cuando se topó conmigo esa tarde,

me contó sobre la maravilla de la cordialidad y la eficiencia de los empleados en la oficina de rentas.



Lo loco es que cuando volvió a la semana siguiente a realizar el pago, la empleada que lo atendió abrió los ojos como dos de oro. En el sistema figuraba que tenía dos multas vencidas y que

debía un montón de plata. Tenía que pagar todo porque había pasado mucho tiempo y ya no podía impugnar las multas o desconocer la deuda. Y la deuda era enorme, un dineral. No había rastro de ninguna gestión.

Justo en ese momento, él ve al empleado pasar caminando por detrás de la chica que lo atendía. Con la cara colorada, echando fuego por los ojos, mi amigo se para, lo señala y casi grita "¡Él me dijo que estaba todo solucionado!" La gente alrededor empieza a parar la oreja y a murmurar.

Viéndose señalado y foco de toda la atención, el empleado se acerca, le apoya la mano en el hombro a la compañera y, mirando a mi amigo a los ojos un momento, dice: "No lo conozco." Y se va como si nada.

UNA SOBRE PAPÁ

BETINA CÁCERES

Mi papá siempre fue de esos tipos graciosos y que llaman la atención allá adonde van. Le gusta ser el alma de la fiesta y hacer chistes sobre cualquier situación.

Su visita a Barcelona no fue la excepción. No hubo europeo al que no le haya sacado una sonrisa o una palabra; por ahí y por acá, se terminó haciendo mil amigos, sonriendo a todos, haciendo reír a todos.

Su último día, horas antes de irse al aeropuerto, hizo una interpretación ejemplar, digna de un show de comedia, provocando estallidos de risa en toda la casa. Con lágrimas en los ojos, de risa y un poco también de emoción, lo despedimos con un abrazo.

No fue hasta el día siguiente, mientras limpiaba la mesa, que me di cuenta de un pequeño envoltorio blanco, rígido y con una forma peculiar. Cuando lo abrí, empecé a reír; mi papá, aunque ya en un avión a miles de kilómetros de mí, seguía ingeniándose para ser hilarante: se había olvidado sus dientes postizos

sobre mi mesa y no solo no se había dado cuenta, sino que iba a ser ahora él el que no iba a poder sonreír.



ÍNDICE DE AUTORES

Ali Cuchi Maldito café

Beatriz Ocampo Una sesión accidentada

Betina Cáceres Una sobre papá

Ceci Cristante La noche en que le di un pase al nueve

Denise Barone Jimmy

Diana Villalba La monja ingrata

Emiliano Vinocur Explota todo

Ferchu Croce La escoba del 15

Florencia Pujatti Cartas, campera y carácter: crónica de mi primer trabajo

Isis Gonmon La tarde en que el pueblo perdió a sus costureras

Jerónimo Visñovezky Querer desconocer

Martin Lopez Con los ojos del alma

Martín Lopez La sombra del recuerdo

Matías Gagliardone Crónica de una falsa alarma anunciada

Mónica Pickholz Aviso de retorno

Rosario Quiroga Goteras

Silvana Goldemberg El gran corredor

Silvina Brizuela Cosas que pasan por andar mirando el celular

ÍNDICE DE ILUSTRADORES

Aviso de retorno **Katty Rodriguez y Mónica Pickholz**

Cartas, campera y carácter: crónica de mi primer trabajo **Jerónimo Visñovezky**

Con los ojos del alma **Jerónimo Visñovezky**

Cosas que pasan por andar mirando el celular **Lucila Klaxon**

Crónica de una falsa alarma anunciada **Jerónimo Visñovezky**

El gran corredor **Jerónimo Visñovezky**

Explota todo **Ferchu Croce**

Goteras **Jerónimo Visñovezky**

Jimmy **Ferchu Croce**

La escoba del 15 **Ferchu Croce**

La monja ingrata **Ferchu Croce**

La noche en que le di un pase al nueve **Jerónimo Visñovezky**

La sombra del recuerdo **Jerónimo Visñovezky**

La tarde en que el pueblo perdió a sus costureras **Mario Martínez Ruiz**

Maldito café **Jerónimo Visñovezky**

Querer desconocer **Jerónimo Visñovezky**

Una sesión accidentada **Jerónimo Visñovezky**

Una sobre papá **Aya MM**